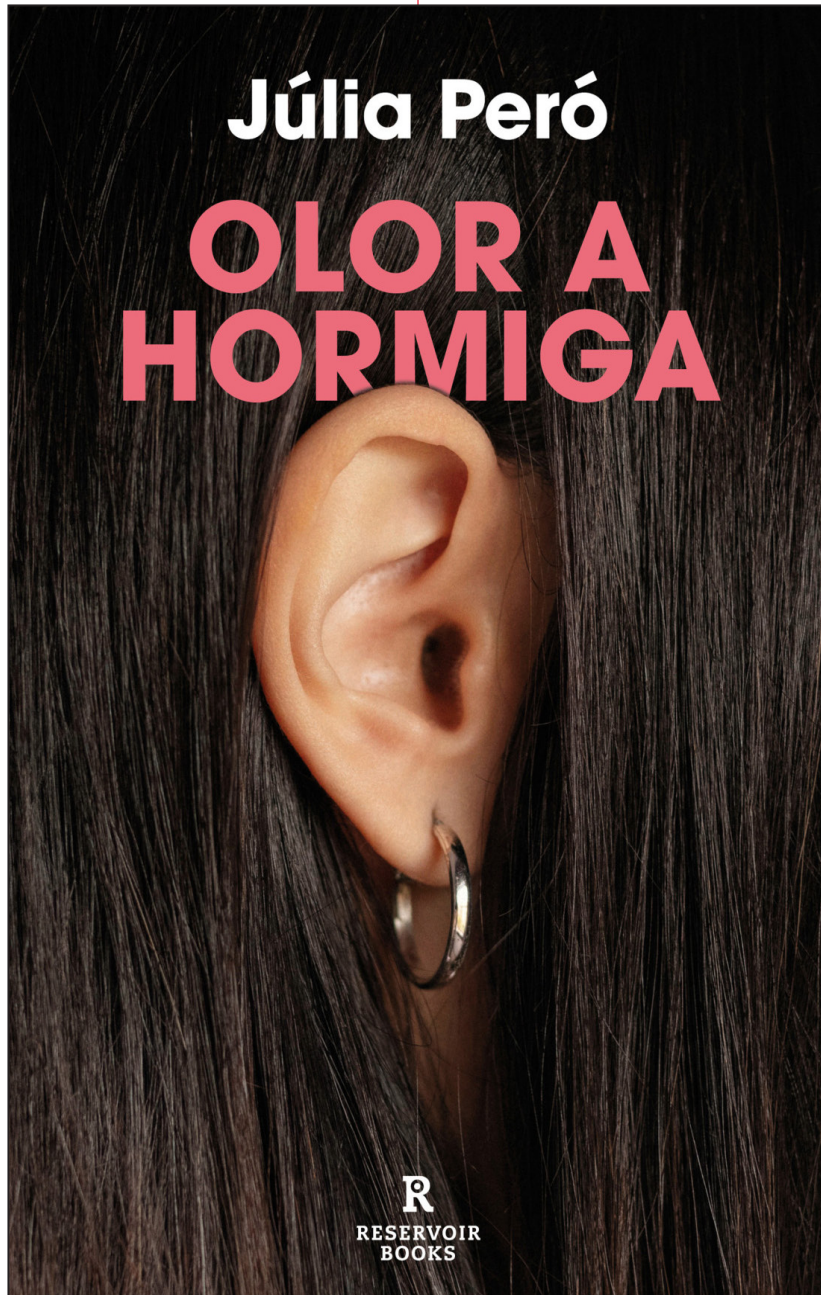




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

A Olvido ya nada le parece más evidente que la vejez. Y su soledad. Hace tiempo, demasiado, que su cuerpo se ha llenado de colgajos, ha empezado a deformarse lentamente como el recibidor de su piso, cada vez más frío, húmedo, amenazante. Tanto que Olvido ya no sale de casa ni quiere atender el telefonillo o mirarse en el espejo de la entrada para no tener que atravesar esa estancia de olor acre y paredes de gotelé que se le echan encima. A resguardo en su saloncito, se limita a esperar que el tiempo pase mientras toma café, pinta en su libro para colorear, recita haikus o discute con el gato. Y a la par que espera, intenta hacer memoria.

Recuerda, entonces, que un día sonó el timbre y ella temió que fuera un ladrón pero en la puerta había una chica que venía a cuidar de la casa y de ella. La chica tenía la voz suave y una juventud que parecía ser la cura para su soledad. Y una melena negra, espesa, la piel canela, los ojos, los labios: tan bella, pensó Olvido, que la vejez no sabría por dónde empezar a roer. El ritual se fue repitiendo: sonaba el timbre, la chica entraba, traía

comida, ventilaba la casa y cuidaba con ternura a Olvido, que de pronto creía ver a su acompañante por primera vez y después recordaba, o fingía recordar, con algo de dificultad y el deseo abriéndose paso en ella, creciendo en cada roce con ese cuerpo lozano. Y trayendo consigo celos, fantasías, vergüenza y frustración ante tanto apetito no saciado. Olvido recuerda también una discusión, un forcejeo en el recibidor.

Ahora la chica ya no viene. La nevera está vacía, el libro para colorear, completo y la memoria carcomida de Olvido, mezclándolo todo: la chica, una discusión, las manos cubiertas de grasa de su padre, sus muslos de niña también cubiertos de grasa, ella y su madre marchándose lejos de casa, la madre muriendo vieja y senil en una residencia. Sentada a pocos metros de ese recibidor que tanto miedo le da y hace que su soledad sea aún más absoluta, no sabe bien por qué, Olvido espera que las horas pasen o la muerte venga mientras un ejército de hormigas se prepara para escarbar otro hormiguero.

CLAVES DE LA NOVELA

Escritora y artista multidisciplinar, Júlía Peró debutó en 2020 con un celebrado poemario, *Anatomía de una bañera*, al que le siguió la publicación de *Este mensaje fue eliminado*, un proyecto a caballo entre la poesía, la narrativa y la experimentación conceptual que se gestó en Instagram y se convirtió en libro en 2021. Explorar formatos de escritura y registros es, sin duda, uno de los motores creativos de una autora joven y polifacética que da el salto a la novela con *Olor a hormiga*, una obra cruda, tierna y perturbadora a partes iguales, que orbita en torno a la vejez. La acción irreversible del tiempo, un hilo que recorre sutilmente toda la producción literaria de Peró a través de motivos como la muerte, el duelo o los mensajes que borramos de nuestras conversaciones cotidianas, cristaliza ahora en las arrugas, la espalda encorvada, los olvidos y la confusión de una anciana que, aislada, lidia con la senectud y su compañera más temida, la soledad.

Con apenas dos personajes femeninos y un gato entre cuatro paredes, Júlía Peró compone una historia que cuenta con los ingredientes más característicos de la novela de horror gótico: una mujer encerrada, una casa que se describe como un personaje más y no es refugio sino prisión, y una voz narrativa muy poco fiable que se trama entre lagunas de memoria, recuerdos distorsionados, fantasías, trampas mentales y contados destellos de lucidez.

En este género narrativo, que tradicionalmente ha sido expresión de tabús, pulsiones reprimidas y miedos colectivos, la autora encuentra una batería de recursos para hacer frente a los fantasmas y narrar la vejez entendida como una decadencia física y mental que no se elige, simplemente sucede; pero también, como una realidad incómoda que se suele invisibilizar o, en el mejor de los casos, reducir a un puñado de inofensivos lugares comunes.

Entre aquello que Olvido nos cuenta y la forma que adquiere un relato salpicado de bucles, desdoblamientos y ambigüedades existe una correspondencia que es la manifestación misma de una conciencia carcomida por la edad, el aislamiento y el miedo latente, y al mismo tiempo, de todo aquello que se le niega a la representación de la vejez: el deseo, el sexo, la vergüenza, la rabia y la frustración.

Al ritmo de una narración que mezcla y yuxtapone presente, pasado e imaginación, *Olor a hormiga* se revela como una novela que combina terror y gestos del thriller, y a su vez, como una inesperada historia de amor no correspondido, un relato de violencias domésticas que, como los traumas de infancia de la protagonista, discurre bajo la superficie, y una obra atravesada de metáforas donde entre zánganos, una casa tomada por las hormigas y el contacto

de un cuerpo viejo con otro que irradia juventud, se halla un modo de insinuar lo que la memoria borra, los silencios esconden y la lengua no puede expresar de forma directa.

A través de la delicada sencillez de un haiku o del horror y lo siniestro que se materializa en un recibidor sombrío, los estremecedores retazos de memoria de una anciana y aquello que la mujer calla, Júlía Peró hurga, con atrevimiento y una singular sensibilidad, en la intimidad. Brutalidad y belleza, tanta violencia y carencias como ternura, se conjugan en las páginas de una primera novela que, anclando allí donde soledad, deseo y dolor se entrelazan y alimentan mutuamente, da voz y restituye el cuerpo a una vejez femenina que, nos recuerda Olvido, es vista apenas como pura obsolescencia, un resto de existencia en el que la posibilidad de amor parece no tener cabida.

LOS PERSONAJES

OLVIDO

Hace mucho tiempo, no se sabe cuánto, que la vejez se adueñó del cuerpo y la mente de Olvido. Entre raptos de lucidez y una memoria que se desdibuja, vive aislada en un piso más viejo que ella, al que llegó con su madre siendo aún una niña y del que ya no tiene sentido salir. No recuerda bien qué hacía de joven, cómo se ganaba la vida y si fue ella quien pintó el cuadro de los girasoles en el jarrón amarillo que hay en su saloncito, pero sí tiene conciencia de que su soledad y sus miedos vienen de lejos: de los silencios de su madre y las manos llenas de grasa de su padre, de los besos de buenas noches que no quería recibir de pequeña y del deseo reprimido, no saciado, que ahora, cuando su cuerpo debería rendirse, vuelve a invadirla con furia.

«A veces llevo trencitas, yo. Y mocasines de charol que dan brincos conmigo, y uso al hablar una voz muy aguda, que tal vez haya usado años atrás, pero ya un poco rota. Como si durante muchos años hubiera sido asidua a esa vocecita tierna, pero del desuso se hubiera oxidado. Y al recuperarla ahora, en la voz se notara el polvo [...] A veces, cuando estoy sentada en el sofá, o en el suelo o en la encimera de la cocina, me miro los dedos corazón y anular de mi mano derecha, porque yo soy diestra la mayoría de las veces. Las otras soy zurda. Cuando me convierto en una niña pequeña, soy zurda. Y cuando hablo con mi madre o mi padre, también. Me miro los dedos corazón y anular de mi mano derecha y me los meto por debajo del camisón, dentro, donde tengo mi ombligo y mis pliegues y mi vulva. Y cuando mis dedos tocan mi vulva, mis nudillos se convierten en jorobas, y mis dedos se transforman en dos dromedarios sedientos andando por las dunas de un desierto. Y andando, andando, se encuentran con un oasis medio seco y corretean y corretean y se meten en el agua un ratito, en el agua que queda, que no queda mucha. Y luego salen contentos y mojados. Y enseguida saco a los dos dromedarios del camisón y me los meto en la boca».

LA CHICA

Melena negra, larga y espesa, piel tersa, voz suave y sonrisa alegre, esta chica de veintipocos es, a ojos de Olvido, la representación misma de la juventud y la belleza. Ni la vejez ni la muerte parecen tener algo que ver con esta criatura sin nombre que en casa de Olvido encuentra siempre una solución para todo. Su paciencia y ternura, sin embargo, no son suficientes para hacer frente a la espiral de sentimientos que su compañía desata en la anciana y una discusión con ella supone el violento fin de su labor como cuidadora de Olvido.

«Su voz evocaba la seda de un pañuelo. Eso es típico de las buenas personas o de las que te quieren embaucar. Si es de las segundas, esta casa está llena de bichos: no creo que aguante mucho.

Llegó con paso firme pero simpático hasta el saloncito. Yo la seguí. Echó un vistazo al sofá y a la cocina con determinación. Se notaba que ya había estado allí. Luego desvió la mirada a la mesa y vio colgado encima de ella el cuadro impreso de los girasoles. Una pintura tan amarilla como sus dientes, con quince girasoles dentro de un jarrón también amarillo y con la palabra “Vincent” escrita en él. Luego se giró y me miró y yo pregunté:

—¿Te gusta el cuadro?

Ella se volvió para mirarlo tan solo un segundo. Luego se tornó para mirarme de nuevo y asintió con la cabeza y una sonrisa simpática. Me quede callada unos instantes. Luego volví a hablar:

—¡Lo he pintado yo!

Ladeó la cabeza y sonrió extrañada. Parte de su melena le resbaló por los hombros. Aproveché para mirarla bien. La inspeccioné con disimulo. Solo se me ocurrió pensar que era tan bella que la vejez no sabría por dónde empezar a roer».

EL GATO

Compañero de encierro de Olvido, el gato llegó hace mucho a esa casa en la que, no le cabe duda, terminará reinando. Porque en nada se parecen las vidas felinas a las indignas vejeces humanas, como este interlocutor despiadado y mordaz se encarga de recordarle a la anciana cada vez que ella, en un extraño ejercicio de desdoblamiento, conversa con él cuando la chica desaparece.

«Ojalá vinieran un día a robar y se llevaran a esta idiota, se la llevara un hombre, pero claro, cómo se la van a llevar si está más usada que todo el piso entero, puta señora gastada. Todo el piso entero, que ni es tuyo este piso. Que era de tu madre, ¿y a quién se lo iba a dejar? ¡Qué remedio! Y luego tú la culpas de todo lo que te pasa, la culpas a ella porque no te atreves a culpar a tu padre. La cuestión

es culpar al resto, a cualquiera, ¿no, vieja? Total, si luego a ti se te olvidan las cosas. Yo soy quien tiene memoria, tú no te acuerdas de nada, de nada pero yo sí, vieja, yo me acuerdo de todo lo que hiciste. Tú no te acuerdas. ¿O sí te acuerdas, de cómo no me dejabas hablar cuando estaba la chica en casa? ¿De cómo me escondías? Cuando estaba la chica en casa te avergonzabas de mí, de ti.

Te avergonzabas de ti. Porque ¿qué es más vergonzoso que gastarte toda tu pensión en que te laven el culo? Todo tu dinero, tu mísero miserable dinero, vieja, todo para la chica. ¿Qué es más vergonzoso que pagar para tener compañía? Pagar para no estar sola».

FRAGMENTOS

LA VEJEZ ES UNA LARGA ENFERMEDAD

«Las personas suelen nacer sanas, suelen crecer sanas, y luego, todas las que persisten en la juventud, empiezan a enfermar lentamente. Empiezan a enfermar y ya no recuerdan haberse alejado de otras que enfermaron antes. Se alejaron de la vejez ajena como si fuera contagiosa. Pero no es contagiosa, la vejez. Es intrínseca. Porque ningún cuerpo tolera tanta vida. Siempre llega un punto, tarde o temprano, en el que empieza a ponerse malo, a pudrirse, a llenarse de colgajos. Colgajos que tiran del cuerpo hacia el suelo, dentro de la tierra, alimento para hormigas. Es imposible mantenerse firme y constante en la mocedad, nadie se salva de acabar con socavones en la piel, agujeros que no son más que el cuerpo hundiéndose en el aire, pidiendo remansar».

«El gato suele repetir y repetir que el otro vecino del ático, el que un día se mostró tan benevolente y dijo ten, este es el teléfono de la chica, trabaja muy bien y no es cara, ese vecino ahora debe de

estar hartito. O perplejo: ¿cómo una vieja ha podido parir?, ¿cómo tiene la vieja un bebé? Pero la vieja no tiene un bebé. La vieja es un bebé, porque llora igual. Cuando me asusto empiezo a lloriquear y a veces se me mete tanta rabia dentro, del miedo, que me duele la barriga y hasta chillito un poco. A veces lloro tan fuerte que parece que me dan rabieta infantil, de esas que oyes a través de las paredes de una casa y hacen que la gente desee que el bebé crezca cuanto antes. O deje de crecer de una vez.

El gato, cuando se enfada, me dice eso, que a veces me parezco a un bebé. Olvido, a menudo usted se parece a un bebé. Usted y todos los humanos con la vejez auestas. Se parecen en los ruidos que hacen, en el hablar, en el vomitar o en el cagarse encima, en la falta de equilibrio y en la fisonomía. Cuando una persona nace, nace con cara de bebé. Y no me refiero a la forma de la cara, a los huesos blanditos por la falta de desarrollo o a esa carne en los mofletes que a uno le dan ganas de morder. No me refiero a eso. Me refiero a la expresión. A la mirada perdida entre los objetos más coloridos de la habitación. A las comi-

suras levemente levantadas pero sin sonrisa. Al no parpadear mucho y hacerlo con una parsimonia que saca de quicio. Cuando una de esas criaturitas te mira, se le queda la mirada pegada a tu cara y no veas lo difícil que es despegarla. Y cuando lo hace una persona que está más cerca de la muerte, pasa lo mismo aunque con muchas más arrugas. Y la gente lo nota. La gente que no es vieja, la gente que goza aun de salud y de rapidez y de pulcritud, lo nota. Percibe esa semejanza. Por eso una persona joven suele tratar a una anciana como si fuera un bebé».

«Más abajo la vulva. Dos babosas alopécicas bien hinchadas y hediondas. Son los únicos pliegues que no me han cambiado con la edad. Todo lo demás, los brazos, la cara, las piernas, los pies, el culo, la espalda, los dedos y hasta las rodillas, va cediendo con el paso de los días. Soy una masa rugosa y voluptuosa que anda despacio. Antes intentaba enderezar la piel, tersarla hasta hacerme daño o hasta agotar el dinero del cajón del tocador. Cremas y potingues y masajes en vano. La vejez me amedrentaba, pero ya no. Ahora me conformo con poder dar vueltas por el saloncito».

«Cuando eres joven todo el mundo está encima de ti, pero de vieja todo el mundo te abandona. A diferencia de los bebés, que se benefician de una especie de protocolo de cuidados –nos aseguramos de tocarlos con las manos limpias, de sostener su cabeza al cogerlos, de que eructen después de comer, de que no pasen frío ni calor–, la gente mayor pierde el derecho al cariño y esmero que parecen ser

obligatorios e incuestionables en edades tempranas. Tampoco es que nadie sepa como hay que tratar a esas viejas. Nos preocupamos de aprender a lidiar con la juventud, pero nadie nos ha enseñado cómo cuidar la vejez. Ahora pienso en esas viejas y sé que las han dejado solas y a su suerte. Ya ningún ser querido se ocupa de cambiarles los pañales. Ya nadie vigila que la leche no queme demasiado ni les sopla el calor de la sopa. Ya nadie intenta mantenerlas entretenidas, nadie juega con ellas, nadie ríe con ellas. O al menos, ya nadie lo hace gratuitamente. Estas viejas son señoras amortizadas. Ya no le importan a la sociedad. El capitalismo las ha aprovechado tanto como podía. Han quedado obsoletas y el sistema espera paciente a que se apaguen del todo. Los bebés son una inversión; las viejas, un excedente.

Aunque a veces pienso que los cuidados son una excusa para el control. La gente que te quiere siempre se toma muchas libertades, libertades que luego te quitan a ti. Y yo no quiero que nadie, nunca, decida por mí. Si algún día acabo enloqueciendo por completo y se me llena el cuerpo de demencia como a mi madre, no quiero que nadie me encierre allí donde ella estaba. Allí, donde sobran tantas enfermeras y faltan tantas amigas. Allí, donde no tratan a las viejas como a personas sino como a pacientes. Yo quiero seguir viviendo en mi casa. Dejadme vivir en mi casa, dejadme hostiarme contra el suelo tranquila, dejadme cagarme encima tranquila. A la mierda la dignidad. La dignidad es poder decidir. No es menos digno vivir encerrada en estas paredes que en otras».

«Por distintas razones, la vergüenza abarca toda mi vida. Cuando era joven terminé acostumbrándome a ella. La vergüenza es como un chicle. Es gomosa, y una vez se pega en la cabeza ya no se quita, solo te acostumbras a sentirla. No es como la belleza, cinta adhesiva de mala calidad, que si va humedeciéndose poco a poco acaba por despegarse y ya no hay vuelta atrás. El pegamento ya no es funcional. Pero la vergüenza, la chiclosa vergüenza, pega por sí misma y solo te queda metértela en la boca y aprender a mascarla hasta que te duele la mandíbula. Es decir: aprender a sonreír mucho cuando la gente intenta burlarse de una, por ejemplo.

La gente suele hacer eso. Burlarse. Intentar pegar su propia vergüenza a otra gente. No es posible. Hay que masticarla, siempre hay que masticarla. Masticarla y masticarla hasta que se ablanda y es más fácil trabajar con ella. Vivimos con la vergüenza pegada creyendo deberle algo a las personas que nos la han pegado en la cabeza. Creyendo que para despegarnos esa adherencia del cuerpo hay que agradecer a esas personas, devuélveles tu vergüenza, pegásela. Pero no funciona así. Cuando te haces vieja lo entiendes. Lo ves todo desde otra altura. Una menor. Una en la que ya no hace falta llegar a esa gente para desentenderte de tu vergüenza. Y te da tiempo a pensar en la que has sentido a lo largo de los años. Y te empieza a dar igual llevarla pegada. Porque ya has aprendido que, a pesar de mascarla y mascarla, nunca la podrás escupir. Aun así soy consciente de que ser vieja en eso es una ventaja. Cuando ahora cometo un acto vergonzoso me protege la vejez. En eso tengo suerte. La vergüenza depende

de la edad. No es lo mismo que alguien se cague encima a los dos años que a los veinte o a los ochenta. Lo bueno de la vejez supongo que es eso, que te puedes cagar encima. Ya total, cagándote o no, la vergüenza seguirá estando ahí».

«—La vejez es como un catarro. Un día empiezas a estornudar y no sabes bien cómo has podido cogerlo.

—No digas eso, Olvido.

—Alguien que está sana no puede saber lo que siente una enferma, por eso tu aún no piensas así.

La chica se agachó junto con la toalla y empezó a secar mis piernas. Lo hacía con un cuidado y una delicadeza de algodón. Su melena arrugada rozaba mis rodillas.

—Yo creo que piensas así porque la vejez femenina no existe.

—¿No existe?

—O sea, sí que existe, pero no está representada. O está mal representada.

Me frotaba melindrosa hasta que llego a mi entrepierna. Me tensé, pero como ella siguió sin percatarse asumí que no era la primera vez que lo hacía. La dejé hacer, tan prolija que daba gusto. Me pasó la toalla por la vulva. Noté el calor de su mano entre la toalla. Creí sentir algo parecido al placer. No sabía bien qué era, pero quería que siguiera.

—Sigue [...]

La chica bajó la toalla hasta mis pies y los secó tranquilamente. Luego se levantó como si nada. Yo seguía sintiendo un calor en la entrepierna. Un calor que la chica había dejado ahí, sin pensar, y ahora viajaba lentamente hacia mi vagina y se expandía dentro de mí. Me

sentía llena de algo que me gustaba. A pesar de notar la gravedad en mis huesos roídos y la piel que me envolvía la carne y el músculo caído, a pesar de mi peso, me sentía ligera. Ese momento me hacía feliz. Ya a mi altura, la joven me sonrió».

«Salió de mí un suspiro contenido. Hablar con la chica me preservaba de la vejez absoluta. Por timidez, me giré otra vez hacia el espejo y la miré allí, como si mirar a la chica a través del reflejo me alejara un poco de ella, como si dejara de estar tan pegada a su cuerpo, como si así se enfriara el calor que ella me confería. La joven me imitó y nuestras miradas se encontraron en el espejo. Pensé que nuestra postura en ese momento era idéntica. Brazos distendidos, cuerpo de frente. La chica podría haber sido un reflejo de mí misma, si no fuera por la vejez que acarreo y su juventud duradera. Si nos pareciésemos más, podría haber sido un reflejo de mí misma».

SOLEDAD Y OLVIDO

«Soy huérfana. Nunca lo había pensado. Soy huérfana. Soy huérfana y nadie me compadece. A nadie le entristece mi situación, porque se supone que soy lo bastante mayor para afrontar la muerte de mi madre —y supongo que la de mi padre—. A mi edad, las muertes son lo que hay que esperar. Nadie se condele por ser yo huérfana, por vivir descuidada, sin alguien adulto que me ampare. Soy huérfana. Huérfana de madre, de padre, de amigas —aunque yo, huérfana de ami-

gas, siempre lo he sido—. Ser vieja es ser huérfana y nadie piensa en ello. Ser vieja es vivir con la muerte alrededor. Solo había muerte a mi alrededor, aparte del gato y la chica».

«Bajé la vista de nuevo al libro. Las frases subrayadas de esa forma tan suya, tan de mi madre. Los libros de mi madre, los libros de haikus de mi madre. Un dolor de estómago me subió por el esófago y se agarró a él como una garrapata. Y después del breve recuerdo de una madre, esa certeza clarísima, ese percatarse de que esa madre, ahora, ya estaba muerta. Mi madre estaba muerta. Mi madre se había muerto. Mi madre se había muerto hoy. Y unas gotas desde los ojos empezaron a hacer su función.

—¿Qué pasa? Olvido, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Hoy se ha muerto mi madre.

Se lo dije conteniéndome, pero una pena saturada me acabó obligando a vaciarme. Me tapé los ojos con un brazo para que la chica no me viese llorar, pero no era suficiente. Apoyé entonces los dos brazos encima del libro para luego acomodar entre ellos la cabeza.

Mis muslos mojados.

—No, no. Olvido, oye...

La chica apartó de la mesa la silla que quedaba libre y se sentó a mi lado. Me rodeó la espalda con su brazo derecho y noté como su mano me acariciaba con timidez.

—Hoy se ha muerto mi madre.

—No se ha muerto, Olvido, no se ha muerto hoy.

Una ilusión me recorrió todo el cuerpo y despegó el dolor del esófago.

—¿No se ha muerto? ¿Puedo hablar con ella?

La miré a los ojos con alegría infantil. La chica enmudeció. Su mano seguía acariciándome la espalda casi de forma automática. Aproveché ese silencio desconcertante para fijarme en la joven».

«—Tengo miedo... Estoy sola, coño. Estoy sola y sueño y cuando sueño dejo de estar sola pero no me gusta la compañía.

Seguí llorando y siguió la chica frotándose las manos.

—No tengo madre, no tengo padre, no tengo amigas, no tengo futuro, no tengo nada.

La chica dejó de frotarse las manos y yo empecé a frotarme los ojos. Me retiraba lo húmedo de los párpados. Algunas gotas llegaron a las comisuras y me supieron a sal.

—Olvido...

Silencio.

—¿Puedo girarme?

Me puse nerviosa y me limpié los ojos con las mangas del camisón.

—Olvido, ¿puedo verte?

Silencio.

—Por favor.

Silencio.

—Sí.

Y vi girarse a la chica. Y vi a la chica acercarse, acercarse a mí. Y vi arrodillarse a la chica delante de mí. Ambas rodillas apoyadas en el parquet. Y vi a la chica alzando sus brazos delgados hacia mí y la vi rodeando mi cuerpo con sus brazos. Con sus brazos abrazándome fuerte. Con sus brazos y con su cara. Su cara apoyada en mi hombro derecho, su cara presionando mi pecho. Mi pecho respi-

rando forzosamente, forzosamente pero respirando un aire como nuevo, un aire como puro y limpio y esperanzador.

—Yo soy tu amiga y no te voy a dejar sola».

«Nos enseñan en la televisión, en la radio, en la calle, en la escuela o con los juguetes. Nos enseñan en todos lados. Se empeñan en hacernos entender que es muy importante aprenderlo. Es muy importante gustarles. A ellos. Y por encima de todo, es muy importante que ellos no se den cuenta de que queremos gustarles. Parecer seguras y naturales durante el empeño de ser versiones mejoradas de nosotras mismas. Parecer perfectas sin esfuerzo aparente. Porque eso es lo que quieren los hombres, los hombres, los hombres. Porque si no lo aprendemos, no estaremos con ninguno. Y eso es lo peor que le puede pasar a una, esa soledad. Da igual que tengas una familia que te quiera, no importa que tengas buenas amigas, qué más da si has conseguido lo que te proponías en la vida. Si no aprendes a gustarles, no habrás conseguido nada. No serás nadie».

UNA HISTORIA DE AMOR

«—Precioso. Es precioso tu pelo.

Acerqué mi cara a la de la joven para observar de cerca ese animal encrespado y salvaje. Parecía estar vivo, parecía sentir. Luego aparte los dedos de su pelo y le acaricié lentamente la cabeza, desde la coronilla hasta la altura del mentón. Y la mano decidió parar allí, descansar apoyada en la nuca de la chica. Noté el

cuello de la chica firme y joven. Noté sus ojos enormes encima de los míos. En ese momento en mi cabeza cabía tan solo un pensamiento. Uno que no sé aun como explicar».

«—¿Tú eres lesbiana?

—No. ¿Te acuerdas que te expliqué que...?

—Pues yo tampoco.

La chica me sonrió. Luego me dijo que no pasaba nada si lo era. Yo le aseguré que no, que, aunque no pasara nada, no lo era. Ella me dijo pues entonces puede que sí me quede. Si de verdad no te importa, me dijo. Y detrás de las palabras la chica empezó a acariciarme el cuerpo por encima de la manta. Ladeada, en posición fetal, yo sentía el camino de su mano. Cómo se deslizaba por el tejido, desde mi hombro derecho hasta mi cadera grumosa. No era una caricia superficial y condescendiente. Era más bien específica, detallista. Tenía manos precisas, la chica. Abarcaba cada rollito de piel, cada surco, cada desviamiento. Una caricia que quería escuchar, no solo hablar. La sensibilidad con la que lo hacía.

—¿Qué vas a hacer con todo este deseo, Olvido?»

«Recuerdo que me abrazó y yo le devolví el abrazo y notamos el tejido de nuestra ropa. Con la cabeza apoyada en mi cuello, me fregaba la espalda con esos dedos comprensivos. Luego se recostó un poco y se quitó con dificultad los pantalones y se quitó la camiseta y no llevaba sujetador. Yo no sabía qué hacer mientras, así que, ruborizada, me bajé

el camisón hasta la cintura. Pensé que ese día podría haberme puesto mi visera roja y blanca, para que la chica me hubiera visto más decente, como cuando salía a la calle tiempo atrás, y que era una lástima no haber previsto este tipo de encuentro. Pero ahora estaba allí con ella, en mi cama, y volvió a abrazarme y trenzamos nuestras piernas. Me besó en el cuello. Me besó en el cuello. Me besó en el cuello y yo seguía abrazándola».

«El aroma dulzón de mi laca de pelo se mezclaba con el olor del flujo y la combinación me embriagaba. Nos empezamos a comunicar mediante otro idioma, un lenguaje jadeante. Me anticipé a su ademán de bajar su cabeza a mi vulva, no me sentía lo bastante limpia para que la chica oliese tan de cerca ese olor. Ella me dijo que las vaginas tienen que oler así, como la mía, a yogur fuerte, a miga de pan recién hecho, que no tenía por qué avergonzarme. Yo negué con la cabeza, recosté su cuerpo a mi lado y fui yo la que bajé. Fui yo, no sé cómo, la que por debajo de la colcha trazo un camino con la lengua desde sus pechos hasta llegar a su muslo, un muslito de pollo. Luego alcancé la vulva y la olí. La husmeaba como un gato ansioso. Metía mi nariz entre su vello rizado y tosco, tan abundante que tuve que separarlo con los dedos para llegar a sus labios.

—La tuya tiene olor a hormiga.

—¿Olor a hormiga?»

«Hay cosas que una debe esconder, le digo al gato a veces. Hay cosas que si las dices le cambia a la gente la percep-

ción que tienen de una. Le decía eso, pero al cabo de las horas le hablaba sobre cómo dos personas se pueden cruzar en el tiempo y enamorarse, pero no ser correspondidas por la edad. Quizá si hubieran nacido en un momento similar, algo entre esas personas podría haber congeniado, pero el destino no lo quiso

así. El tiempo, tan cruel, hizo parir a una madre antes que a la otra. Hizo que una niña viviera antes que la otra y ahora se encontraban pasados los años. Una había estado esperando durante tanto tiempo ese encuentro que ya ni se acordaba, de eso ni de nada. Y la otra, simplemente, justo había empezado a vivir».

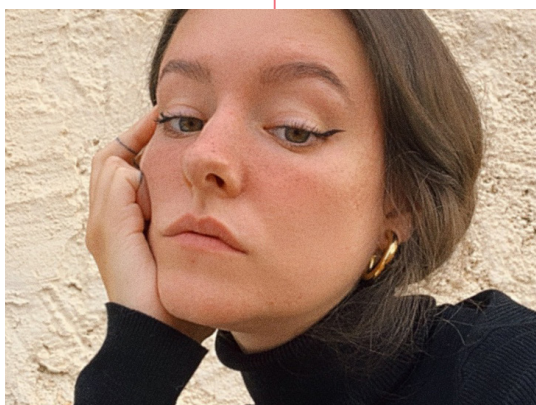
PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Al comienzo de *Olor a hormiga*, Olvido habla del recibidor y el miedo que le produce esta estancia que adquiere la consistencia de un inquietante personaje. Esta primera descripción del recibidor, ¿esconde alguna clave sobre las acciones que más tarde se van narrando? ¿Por qué Olvido describe al recibidor como una criatura animada que infunde temor?
2. Hablando de su vejez, en el primer capítulo, Olvido sentencia que su cuerpo «empezó a deformarse a los catorce y aún no ha parado». ¿Cómo interpretáis esta frase? ¿Cuál es el significado que adquiere a medida que sabemos más acerca de la infancia y juventud del personaje?
3. Olvido alterna el relato de sus días de soledad en el piso con la memoria de las visitas de la chica y episodios de un pasado más lejano. Su narración no es lineal y está llena de elipsis y ambigüedades. ¿Diríais que Olvido es una narradora poco fiable? ¿Por qué? ¿Y por qué creéis que la autora recurre a una narradora que olvida, confunde y mezcla realidad e imaginación?
4. A la voz de Olvido la interrumpe, en más de una ocasión, la voz del gato. ¿Cuál es el papel de este personaje? ¿Su voz podría pensarse como un desdoblamiento de la voz de Olvido?
5. Olvido recuerda las visitas de la chica, las conversaciones con ella, lo que hacía durante las horas que pasaba en su piso, su aspecto y muchos detalles más pero, sin embargo, parece no guardar memoria de su nombre. ¿A qué responde esta ausencia de nombre? ¿Qué nos dice acerca del personaje de la chica y lo que representa?

6. De la primera vez que suena el timbre y Olvido se encuentra en la puerta de casa a la chica, según sus confusos recuerdos, a la escena de la discusión, ¿cuál es la evolución que tiene la relación entre la anciana y su cuidadora?
7. La madre es una figura recurrente en los recuerdos de Olvido. La anciana recupera fragmentos del pasado como su madre pariendo, diálogos de su infancia o cuando ya senil ingresa en una residencia. A través de estos recuerdos, ¿qué sabemos acerca de esta mujer? ¿Cómo es el vínculo entre madre e hija? ¿Olvido se ve reflejada en su madre?
8. Tras la muerte de su madre, Olvido dice que ya no tiene sentido salir de casa. ¿Qué la empuja a aislarse? Su casa ¿se convierte en refugio o en prisión?
9. Los zánganos, los dedos como dromedarios, el cuerpo como un jarrón, los muslos cubiertos de grasa: el sexo en la novela se describe a través de metáforas. ¿Cuál pensáis que es la razón para que Olvido recurra continuamente a las metáforas? ¿Qué nos dice este lenguaje indirecto y florido acerca de su vivencia de la sexualidad? ¿Y acerca de la posibilidad que tienen las mujeres de expresar el deseo y hablar francamente de sexo? ¿Hay una diferencia generacional entre ella y la chica?
10. La primera línea de la novela dice «La vejez es una larga enfermedad». ¿Qué opináis de esta frase? ¿Esta descripción con connotaciones negativas es un reflejo de cómo pensamos la vejez en nuestra sociedad?
11. En una de sus conversaciones con Olvido, la chica le dice que la vejez femenina no existe, es decir, no está representada. ¿Estáis de acuerdo con ella? ¿Vejez femenina y vejez masculina se tratan de formas diferentes? ¿Por qué?

12. La vejez, según las vivencias de Olvido, se encierra y se esconde en casa como si se tratara de una enfermedad que no debe exponerse a la mirada de los otros. ¿Podríamos decir que la vejez es un tema tabú? ¿Por qué nos resulta un tema incómodo? ¿Y qué consecuencias humanas tiene que no se hable de la vejez en todas sus dimensiones?
13. Frente al silencio que hay alrededor de la vejez o los discursos que infantilizan a los ancianos, negándoles experiencias adultas como el deseo y la sexualidad, ¿qué nos dice *Olor a hormiga*? ¿Por qué creéis que la autora utiliza recursos del terror y la novela negra para tratar esta temática?
14. *Olor a hormiga* habla de vejez, de fragilidad y soledad, pero también de los cuidados, representados a través de la chica. ¿Cuál es la reflexión que la novela introduce acerca de la importancia de los cuidados y sobre quiénes recaen? ¿Diríais que los cuidados están suficientemente visibilizados en nuestra sociedad o, al igual que sucede con la vejez femenina, es una realidad que pasa desapercibida?

LA AUTORA



JÚLIA PERÓ (Barcelona, 1995) es escritora y artista multidisciplinar. Dirige el club de lectura Libros crujientes. Ha participado en distintas antologías poéticas y es autora del poemario *Anatomía de una bañera* (Planeta, 2020) y el libro de conversaciones *Este mensaje fue eli-*

minado (Planeta, 2021), que adapta al formato físico su proyecto digital *@este.mensaje.fue.eliminado*. *Olor a hormiga* es su primera novela. Actualmente trabaja en su segundo poemario y en una colección de arte conceptual.

LA CRÍTICA HA DICHO

«El debut de Júlia Peró desafía el miedo a la vejez y al deseo. Una novela que atraviesa y se pega a la piel como un hormiguo, uno capaz de enseñar y nombrar todo aquello que tememos».

María Sánchez

«Peró nos lleva de la mano a una historia de vejez fascinante, hermosa, descorazonadora, disruptiva, sexual, completamente inesperada».

Sabina Urraca

«¿Quiénes somos en la intimidad?, ¿Cómo anidamos nuestros paisajes interiores cuando nadie mira? Una escritura deliciosa y su atrevimiento: bordear el tabú, destripar el detalle, no tener prisa».

Sara Torres

«Júlia le da voz —y qué voz, qué voces— a la vejez con una honestidad salvaje. Una historia sobre identidad, desolación, deseo, soledad, amor, recuerdos, incomodidad, abandono, muerte y destrucción que se mueve entre haikus y un ritmo brillante».

Alejandra Parejo

«Un soberbio cuento de terror [...]. *Olor a hormiga* está escrito con una pericia sorprendente: absorbe, deslumbra y atemoriza a partes iguales. Júlia Peró es una Charlotte Perkins contemporánea y en estado de gracia».

María Bastarós

«Un espejo a la vejez propia. Entrás en la historia de Júlia como en la casa de su protagonista. No puedes dejar de leer».

Alejandra Martínez de Miguel

«Un libro lleno de olores, gustos y fluidos, sus palabras me produjeron un impacto físico en el cuerpo».

Berta Gómez

«Duro, incómodo, violento, triste. Y sin embargo... tremendamente cautivador».

Sara Herranz

«Me gustaría habitar detrás de los ojos de Júlia para poder ver el mundo con su sensibilidad única».

Andrea Gumes

